

PALABRAS DEL ACADEMICO DON LUIS HERNAN RAMIREZ

En nombre de la Asociación Nacional de Escritores y Artistas a cuyos registros pertenece, casi desde su fundación, Rafael de la Fuente Benavides, como uno de sus más preclaros miembros, traigo a este acto fúnebre el tributo de dolor de la Institución más antigua representativa de la intelectualidad peruana, empeñada en una indesmayable actividad de promoción cultural comprometida con las causas más nobles y más justas de nuestro pueblo.

Pero el tributo doliente de la ANEA ante la tumba todavía abierta y los despojos tristes de Martín Adán no es sólo para llorar y lamentar una irreparable pérdida y hacer un panegírico ocasional de su obra como de un "exponente ilustre" que nos deja, sino, para renovar, en este solemne acto, la fe y el destino que en la hora presente comprometen a los hombres de letras del país; porque la inesperada muerte de Martín Adán no es un eclipse ni una baja en la cultura, es como el parar de una estrella en su trayecto infinito sin perder su fulgor. Su muerte es tan sólo como un alto en el camino de su vida. De su vida, un poco novelesca y trágica, que él mismo —evasivo y hermético— alimentó de alcohol y de bohemia, de irrisión y decadentismo pero supo darle un impulso vital y creador orientándola hacia la superación estética. Su muerte tiene por eso un sentido especial y una nueva significación: el autor de "Travesía de extramares", de modelo de "buen escribir" pasa a ser un símbolo innegable de nuestra literatura.

Martín Adán, nacido en 1908, ganó tempranamente un sitio en el panorama de las letras nacionales con un curioso e indiscreto libro: "La Casa de Cartón", que representa la primera y más hermosa aventura de la palabra poética en el Perú. Las palabras —axactas, expresivas y bellas— de "La Casa de Cartón" son mágicas, parecen moldearse caprichosamente, pero con amor, por las manos de un artifice: son blandas, dúctiles y plásticas y debido a su plasticidad, esta obra, siendo primeriza y límpida, es atractiva y cautivante.

A su trabajo de adolescente, Martín Adán sumó otras obras poéticas, igualmente plásticas y subyugantes: "La rosa de la espinela", "Sonetos a la rosa", "Travesía de extramares", "La mano desasida" y "La piedra absoluta" y se ha convertido, por sus propios méritos, en una especie de estandarte representativo de las bellas artes en nuestro país. Se graduó de doctor en la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos con una novedosa tesis: "De lo barroco en el Perú"; fue admitido en el seno de la Academia Peruana de la Lengua; ganó, sin disputas, dos galardones nacionales de literatura y poesía y ha sido, recientemente, propuesto para más de un premio internacional.

Martín Adán supo unir a su inteligencia y a su instrucción esa tranquila modestia, que casi siempre suele faltar en nuestros intelectuales, por eso no tuvo ni envidia ni competencia sino el justo aplauso que se gana con los méritos propios.

En el lenguaje poético de Martín Adán se advierte, de primera intención, la fortaleza de su espíritu innovador que lleva consigo un pensamiento profundo y una forma alada y pura que asciende hacia lo más alto, hasta donde sólo puede llegar lo más refinado del arte.

A la riqueza de su inventiva artística, el poeta suma un elegante estilo castizo de raíz castellana en el que la

propiedad semántica del léxico y la exactitud del ritmo encauzan y ciñen su escritura a una norma que es, al mismo tiempo, clásica, por la serenidad de su expresión; romántica por su exquisita espiritualidad; modernista por su visión impresionista del mundo; barroca por la ruptura del equilibrio formal cargada de significados y surrealista por las sutiles vibraciones de su fantasía y de sus sueños de poeta.

Martín Adán quedará, en nuestra literatura, como un estilo. Un estilo de vida y comportamiento; un estilo de personalidad y sentimiento, un estilo de escritura y de ideales, es decir un acopio complejo de virtudes intelectuales que sólo los clásicos de las letras saben acogerlas y manifestarlas en toda su dimensión y en su noble altura y serenidad que les permite llegar a todas las almas puras y sinceras que no saben de enconos personales y mezquinos; por eso Martín Adán alcanzó a ganar desde el primer momento el reconocimiento y el elogio de José Carlos Mariátegui quien sin renunciar a su ideología marxista y a su expresa decisión de "contribuir al socialismo en el Perú", le dio en 1928 el espaldarazo de un edificante y esclarecedor colofón para "La casa de cartón" de donde extraemos este juicio acertado y sincero, que mantiene su vigencia para tipificar a Martín Adán, aún ahora, en la hora de su muerte: "Escritor y artista de raza —escribe Mariátegui— su aparición tiene el consenso de la unanimidad más uno. Es tan eléctrico y hermético que a todos nos reconcilia en una síntesis teosóficamente cósmica y monista. Yo no podía saludar su llegada sino a mi manera; encontrando en su literatura una corroboración de mi tesis de agitador".

Por ello la obra de este escritor que se va, su estilo sobre todo y el vuelo de su pluma, quedarán como una permanente lección para la posteridad.